

EL FANTASMA DEL POSTE DEL CABLE

Nos conocimos en la Playa del Cable, nuestros apartamentos estaban muy cerca, así que ya nos habíamos visto por la urbanización, pero no fue hasta encontrarnos en la arena, mirando a aquella torre metálica que rompía el paisaje azul de un mar limpio, cuando empezamos a hablarnos. Ella tenía quince años, dos menos que yo, y apenas necesité unos segundos para darme cuenta de que era especial. No especial porque fuera muy hermosa o tuviera un cuerpo de sirena, que lo era y lo tenía, sino porque en sus ojos descubrí algo que veía cada día en los míos: la curiosidad. Una curiosidad fuera de lo común, un deseo ancestral de descubrir lo que había oculto tras la simple apariencia. Algo sobrenatural que me llevaba a ver cosas que nadie más podía percibir. Amanda, ese era su nombre, descubrió mi secreto, pues a los pocos minutos de iniciar nuestra conversación me cogió de la mano y me preguntó.

—Tú también lo ves, ¿verdad?

—Sí—contesté, apoyando mi respuesta con un cabeceo.

—Creo que quiere decirnos algo—me dijo y apretó mi mano con más fuerza.

—Puede ser, pero estamos muy lejos. Quizás si se acercara un poco más.

—Creo que no puede, que algo le impide bajarse de esa torre.

—¿Y si vamos nosotros? —pregunté, aunque con temor a que la respuesta fuera afirmativa, nunca me había gustado demasiado el mar. Me conformaba con que las olas me lamieran los pies.

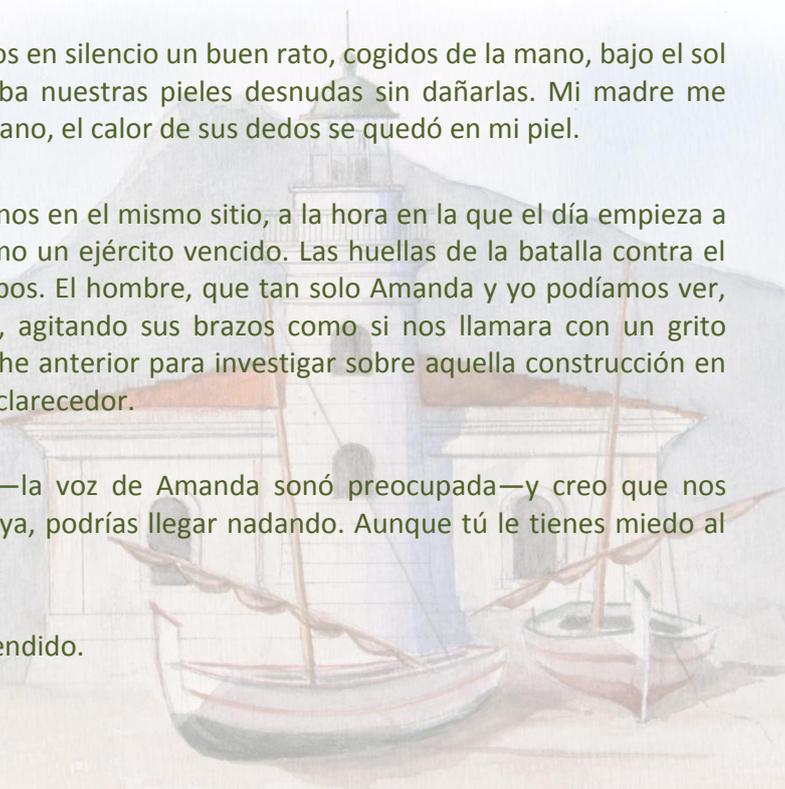
—Puede ser peligroso, mi madre me dijo que no me acercara—contestó la chica.

Después de esto nos quedamos los dos en silencio un buen rato, cogidos de la mano, bajo el sol moribundo de la tarde, que acariciaba nuestras pieles desnudas sin dañarlas. Mi madre me llamó a lo lejos y tuve que soltar su mano, el calor de sus dedos se quedó en mi piel.

Al día siguiente volvimos a encontrarnos en el mismo sitio, a la hora en la que el día empieza a agonizar y los bañistas se retiran como un ejército vencido. Las huellas de la batalla contra el sol y el salitre enrojeciendo sus cuerpos. El hombre, que tan solo Amanda y yo podíamos ver, seguía allí, sobre el Poste del Cable, agitando sus brazos como si nos llamara con un grito silencioso. Había aprovechado la noche anterior para investigar sobre aquella construcción en Internet y lo que descubrí fue muy esclarecedor.

—No consigo entender lo que dice—la voz de Amanda sonó preocupada—y creo que nos necesita. No está muy lejos de la playa, podrías llegar nadando. Aunque tú le tienes miedo al agua.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté sorprendido.



—Por la forma en la que miras a las olas, como si fueran monstruos dispuestos a devorarte.

—No digas tonterías—me hice el gallito, a fin de cuentas no dejaba de ser un adolescente de diecisiete años delante de una chica guapa, —no me importaría ir, pero mi madre no me dejará. Ya me ha avisado.

—Ni la mía. Mira, allí están las dos charlando, demasiado cerca. Lo haremos más tarde, cuando no haya nadie en la playa, al anochecer.

—Eso es peligroso.

—Volveremos antes de que oscurezca del todo, te lo prometo. —Y dicho esto volvió a soltar mi mano, pero antes me dejó un beso en la mejilla. Enrojecí hasta las uñas de los pies, mientras ella se alejaba riendo.

Una hora después, allí estábamos. Con las toallas de baño y una pequeña mochila con ropa seca. Por dentro temblaba, delante de Amanda trataba de disimular mi miedo. En mi búsqueda por Internet había descubierto que muy cerca del Poste del Cable se había hundido un barco pesquero y me había obsesionado con la idea de que me enredaría en él y quedaría atrapado para siempre bajo el mar. La chica parece que adivinó mis miedos.

—Tranquilo, no pasará nada. Él cuidará de nosotros.

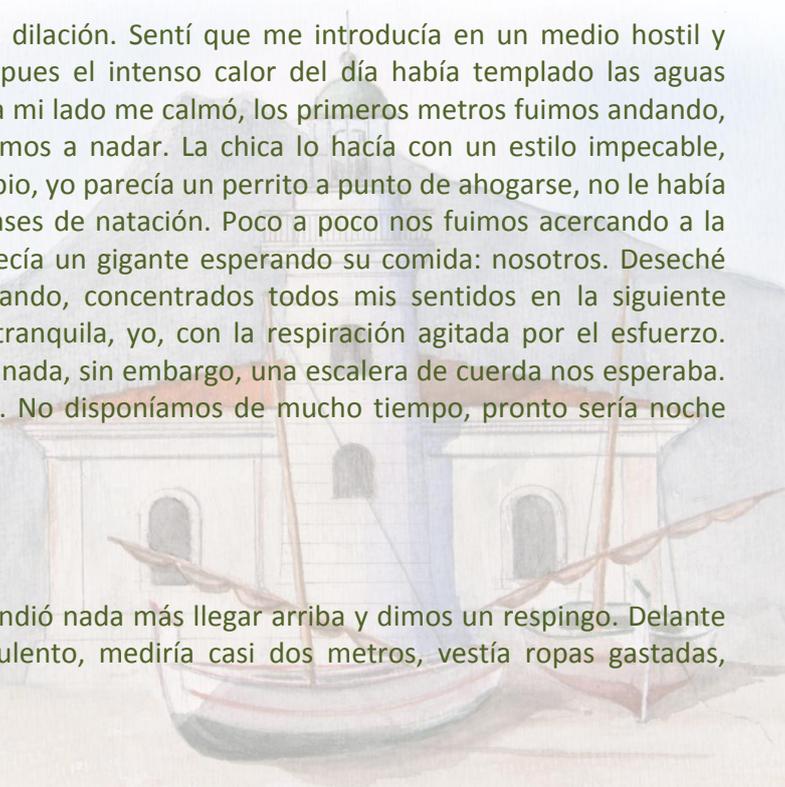
—¿Quién? —pregunté, con la sensación de que los ojos de Amanda podían ver más que los míos.

—El minero—contestó lacónicamente y yo la entendí. Aquel poste era el final de un cargadero construido para llevar el hierro desde la mina del Peñoncillo hasta los barcos que lo transportarían, lo había visto en mi ordenador.

Nos sumergimos en el agua sin más dilación. Sentí que me introducía en un medio hostil y temblé más de miedo que de frío, pues el intenso calor del día había templado las aguas marbellíes. La presencia de Amanda a mi lado me calmó, los primeros metros fuimos andando, cogidos de la mano. Pronto empezamos a nadar. La chica lo hacía con un estilo impecable, disfrutando de cada brazada. En cambio, yo parecía un perrito a punto de ahogarse, no le había sacado demasiado provecho a las clases de natación. Poco a poco nos fuimos acercando a la mole de hierro y hormigón, que parecía un gigante esperando su comida: nosotros. Deseché esta idea de la cabeza y seguí nadando, concentrados todos mis sentidos en la siguiente brazada. Por fin llegamos. Amanda tranquila, yo, con la respiración agitada por el esfuerzo. Miramos hacia arriba, pero no vimos nada, sin embargo, una escalera de cuerda nos esperaba. Subimos, primero Amanda, luego yo. No disponíamos de mucho tiempo, pronto sería noche cerrada.

—Gracias por venir.

La voz, ronca y quebrada, nos sorprendió nada más llegar arriba y dimos un respingo. Delante de nosotros había un hombre corpulento, mediría casi dos metros, vestía ropas gastadas,



manchadas de hollín y su rostro estaba casi oculto por una barba descuidada. Sin embargo, sus ojos brillaban con intensidad, como luciérnagas en una noche sin luna. Amanda fue la primera en sobreponerse y hablar:

—¿Quién eres? ¿Por qué nos has llamado?

—Me llamo Eluterio y trabajo en las Minas del Peñoncillo, soy uno de los conductores que traen las vagonetas con el hierro. Aunque a veces, si hace falta, también echo una mano en la mina.

—¿Sabes que estás muerto? —le pregunté de sopetón. A veces era lo mejor, otra podía resultar peligroso. Amanda me dedicó un gesto reprobatorio.

—Sí, hace tiempo que lo sé—el minero pronunció estas palabras con tristeza—, antes de vosotros, vino otro chico y me lo dijo.

—¿Y no te ayudó a partir? —preguntó Amanda con dulzura.

—No pudo—dudó un poco antes de continuar—el mar se lo tragó.

Un frío negro y viscoso recorrió mi espalda. La noche avanzaba rápida, no comprendía cómo demonios me había dejado engatusar por Amanda para ir hasta allí. Ella volvería, nadaba con rapidez y seguridad, pero yo moriría, como el otro chico.

—¿Ves lo que te decía, Amanda? Estamos aquí por tu culpa. Vamos a morir.

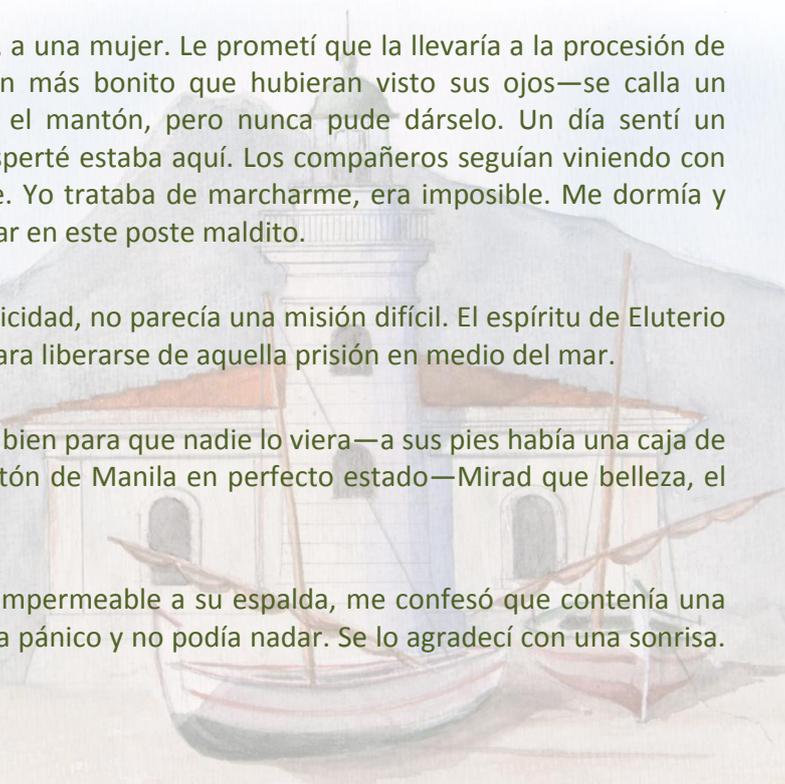
—Tranquilo, Pablo. No nos pasará nada. Ayudaremos a Eleuterio y volveremos sanos y salvos—dicho esto, me abrazó con ternura y noté que la sensación de peligro se escurría, como el agua sucia por el desagüe—Dinos, amigo, ¿qué te sigue reteniendo aquí?

—Una promesa que le hice a alguien, a una mujer. Le prometí que la llevaría a la procesión de la Virgen del Carmen con el mantón más bonito que hubieran visto sus ojos—se calla un momento, emocionado—Le compré el mantón, pero nunca pude dárselo. Un día sentí un fuerte dolor en el pecho, cuando desperté estaba aquí. Los compañeros seguían viniendo con el mineral, pero nadie parecía verme. Yo trataba de marcharme, era imposible. Me dormía y cada vez que despertaba, volvía a estar en este poste maldito.

Amanda y yo nos miramos con complicidad, no parecía una misión difícil. El espíritu de Eluterio necesitaba cumplir con su promesa para liberarse de aquella prisión en medio del mar.

—Lo tengo aquí guardado, lo escondí bien para que nadie lo viera—a sus pies había una caja de metal, la abrió y nos mostró un mantón de Manila en perfecto estado—Mirad que belleza, el mar lo ha respetado.

Amanda traía una pequeña mochila impermeable a su espalda, me confesó que contenía una balsa salvavidas, por si acaso me daba pánico y no podía nadar. Se lo agradecí con una sonrisa.



Metimos allí el mantón, nos despedimos del minero y volvimos a la mar. Creí que nunca podría alcanzar la orilla, aunque ahora tenía una misión que cumplir y eso me dio fuerzas suficientes. Agotados, acabamos tirados en la orilla, mojados y satisfechos. Amanda me besó, un beso largo que llenó de estrellas mis ojos cerrados. Supe que nadie me volvería a besar como ella y sentí el vacío que dejaría la despedida cuando, dentro de pocos días, cada uno regresara a su casa, lejos ya de las costas marbellíes, de fantasmas y misiones por cumplir.

A la mañana siguiente fuimos a la dirección que nos había dado el marinero y preguntamos por Cristobalina Fuentes Ramírez. Una mujer con unos inmensos ojos azules nos miró con curiosidad y nos hizo pasar a un zaguán fresco, adornado con macetas. En pocos minutos, apareció una anciana de mirada cristalina y pelo absolutamente blanco. Delante de la hija le contamos una mentira, que habíamos encontrado aquel mantón con una nota de Eleuterio en un viejo baúl. Cuando la mujer salió y nos dejó un momento a solas, Amanda se acercó a Cristobalina, le dio un beso y le susurró algo al oído. A la anciana se le iluminaron los ojos, por un momento su rostro me pareció el de una jovencita enamorada, fue solo un instante lleno de magia. Después, regresó la hija y todo volvió a la normalidad.

—¿Qué le has dicho? —le pregunté a Amanda.

— Que Eleuterio la espera en el Poste del Cable.

Felisa Moreno Ortega

Alcaudete (Jaén)

Finalista del II Concurso de Relatos de Marbella Activa

